

«¿Tú rezas? ¿Por qué?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

4. Oración

por Luigi Giussani*

El versículo 14 del capítulo I de los *Hechos de los Apóstoles* nos muestra a la comunidad de los apóstoles esperando lo que Cristo había prometido. «Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos».

El hombre que descubre su impotencia solamente vive la comunidad y siente la «convivencia» con los otros cuando *presiente algo, más allá* de su situación, que es capaz de resolverla. La comunidad surge únicamente allí donde hay un *esperar juntos* (también el hombre y la mujer que verdaderamente se quieren tienen ese presentimiento inextirpable; de lo contrario no están juntos seriamente).

Nuestras experiencias, tomadas verdaderamente en serio, llevan consigo un sufrir, un descubrirse cargados de necesidades, de problemas sin solucionar, de dolor, de ignorancia; verdaderamente tomadas en serio, inexorablemente exigen algo «distinto», algo «fuera» de lo común: tienen, por tanto, una auténtica dimensión religiosa.

Nuestras experiencias tomadas en serio son una auténtica *profecía* (espera, esperanza...) de lo que todavía no se tiene.

El *sentido* de todas nuestras experiencias: eso es lo que todavía no tenemos. Y todos lo esperamos, quizá inconscientemente. Si esta espera es auténticamente consciente –consciente de la inexorable incapacidad humana y de la sugerencia inexorable de la naturaleza–, entonces se convierte forzosamente en *oración*, oración al «Otro» misterioso que me podrá ayudar a resolver...; oración a ese Dios que... Él hace surgir la pregunta, Él dará la respuesta.

La oración es, por tanto, simple petición, el acto más sencillo para todos y más sentido por todos, el acto más fundamental de la conciencia humana, el acto más concreto que existe.

Reza el que es más realista: quien considera más seriamente su experiencia humana.

Y es *petición que hacemos juntos, en común*. El descubrimiento de la impotencia para ser felices constituye el descubrimiento de lo que tenemos más en común con todos los demás: esta impotencia es efectivamente lo más humano que en cada uno.

Entonces también la postura de esperar que ese «Otro» nos ayude es de todos juntos, es comunitaria por naturaleza, de modo que nadie pueda adoptarla verdaderamente sin sentirse «un solo corazón» con todos los demás.

* De la obra *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 41-43.